

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LO QUE PASA SE FABRICAN NOVELAS

A los pocos días de estar en París, tomé el pulso de la novela. Entre mis dedos quedó el antebrazo de esta persona tan querida para nosotros los novelistas americanos, y apoyé las yemas para sentir su pulso. Su corazón latía. Latía. Pero ¡ay!, sin ritmo humano. Latía como cualquier reloj de pulsera, como cualquier reloj despertador de sentimientos confusos, por lo regular sexuales, y de otros que no tienen nombre todavía. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?, me dije, sorprendido, entristecido. Y empecé a palpar sus carnes, y no eran carnes de novela humana, sino carnes de algo parecido a la carne, de un producto sintético, elaborado a base de substancias químicas. Desesperado por aquella experiencia, que al principio creí experiencia —es tan fácil quedarse atrás en literatura—, abandoné su pulso, y me lancé a verla a los ojos. ¡Sí, sí, en los ojos debe tener toda su humanidad esta persona-novela! Y allí estoy viéndola, viéndola, y a más verla, a más buscar reconditeces, menos hondas me parecen sus pupilas, no van más allá de un vidrio, del vidrio de los ojos de los animales disecados en los museos. ¿No miras?, le pregunto. Y no me contesta. Y entonces me doy cuenta que tampoco oye. Ciega, sorda... Pero habla... Ah, eso sí, habla...

Y la invito a que dialoguemos. Pronto me convenzo que hablamos idiomas distintos. Que aunque los dos estamos en la tierra y tenemos los mismos problemas, ella no sabe sino respuestas de esas que se aprenden en manuales de conversación para moverse con poco idioma en un país extranjero. Sabe hablar. Habla correctamente, pero lo que dice no corresponde a un pensamiento propio, a un sentimiento suyo, a una emoción, a una sensación. Todo parece haberlo aprendido, y antoja que lo repite igual que un disco. En manera alguna es tonto lo que dice. Por el contrario, muy profundo, muy sesudo muy filosófico, muy sociológico. Cada una de sus frases abarca o quiere abarcar los principales problemas sin solución de la hora actual. Pero también hay que decir que da un poco la impresión de que se trata de ciencia suelta, de filosofía sin asidero, de algo que no tiene que ver con lo vivo del hombre, que es de lo que vivimos los que por sobre todos esos saberes, todavía precisamos el sustento de lo auténtico, de lo intrasferible.

¡Esto se acabó!, me digo, y trato de investigar qué es lo que pasa con la novela.

Y a poco encuentro la explicación. Pasa con la novela lo siguiente, en pocas palabras y sin tapujos. Las grandes casas editoriales de Francia, han pasado a ser «fábricas», en el sentido no de la fabricación tipográfica del libro, sino «fábricas» totales, en la fabricación del texto de la materia tipografiable, si se puede decir este barbarismo.

Desapareció el novelista y surgió el «fabricante de novelas». «Escribidor de novelas», se decía en el Siglo de Oro. Y en éste que no es menos porque es de dólar oro, tiene algo que podría traducirse por «Fabricador de Novelas».

Se fabrican las novelas. Sí, señor, se fabrican las novelas, como los zapatos, como los automóviles, los aviones y los cohetes teleguiados. El novelista, adelantándose a la época del «robot», se ha hecho robot él mismo, y trabaja a lo robot, poniendo en marcha una serie de manecillas de su extenso repertorio, y vomitando novelas igual que cualquier otro producto «robótico».

Estas «fábricas de novelas», las editoriales, lanzan al mercado su producto con base en eso que llaman los «premios literarios», premios perfectamente comercializados, lo que a nadie extraña ni subleva, igual que si para lanzar un dentífrico, un fabricante acordara un premio a la dentadura más brillante y esta dentadura, en lugar de buscarla en la boca de una mujer u hombre, se encontrara hecha de porcelana, en la boca de un maniquí. Tenemos la «fábrica» tenemos los «premios literarios», y tenemos a los «fabricantes de novelas».

No creí que iba a tener la suerte de encontrarme con uno de estos «maestros». Pero París es un laberinto donde nos espera lo más insospechado, y así un buen día me vi subiendo en un ascensor de esos que suben para recordarnos que existe el cinematógrafo «ralentí» y pronto en el saloncito de un dichoso mortal que llegará a «inmortal», y el cual vestía un kimono chino, pantalón color borraño, bufanda al cuello y fumaba en una boquilla de ámbar de dos cuartas, por lo menos. Bastante maquillada la cara, y con su cierto perfume evanescente. Esta palabra no me venía a los labios desde la época de Remy de Gourmond.

Me pasó más adentro. Todo era misterioso y exótico. Y en un comedor bastante coqueto encontré una botella de «champagne», puesta al hielo, y tostadas de caviar y «paté de foie».

La verdad es que me sentía desorientado. Pero mayor fue mi asombro, cuando después de degustar el «champagne» y sus manjares, me aborjé de lleno con su voz vacía, pidiéndome que le proporcionara algunos datos para una obra que tenía en el «torno».

Necesito —me dijo— poner un indio maya...

—Póngame a mí —estuve a punto de contestarle...

—En forma sintética, lacónica, con sólo lo muy necesario, quiero que usted me pinte un indio maya, un indio de su país, pues este indio debe enamorarse perdidamente de una turista que ha ido en busca del tesoro de un «inca» desaparecido en Yucatán.

Mal que bien, recordando a Morley y tomando de mi experiencia lo que sabía, empecé a hablarle de los mayas y él fue escribiendo notas.

—Ah, pero —me dijo— este indio agricultor, no me sirve para nada. El personaje que yo necesito debe rebelarse contra sus amos, debe ser guerrero. ¿No son ustedes los aztecas?...

Me di cuenta que el famoso autor carecía de una elemental geografía de nuestro pasado histórico, pues confundía incas con mayas, aztecas con incas, etcétera, y resolví imaginar una historia que se la conté en el acto. La copió frase por frase, y corrió a echarla en su fundición, para que saliera, algo deformada, pero bastante verídica y sensacional.

—Ya ve usted cómo se hace una novela...

—Sí —le contesté humildemente...

—Y esta obra la necesito para los futuros premios, tiene que aparecer pronto.

Creo que este año puede ser uno de los laureados, el libro en que va a ir su «maya» de cuerpo entero, sin las «plumas», pues ya lo de las plumas sólo quedó para historias de «cow-boys». Con los datos que usted me dio, «mon tres cher ami», y un viaje que hice por la Martinica, tengo lo necesario. Los demás ingredientes, pues hay bastante donde ilustrarse: fotos, películas, estuve viendo unos documentales en 16 milímetros que tiene un amigo, etcétera.

Y esto lo corroboré plenamente con el asalto de los editores. Cada uno quería que yo le firmara un contrato por una nueva novela así... este tema es apasionante... el público está ansioso de un protagonista que encarne...

—No, no, yo no hago novelas, estuve a punto de contestarle, pero temí que me responderían: y entonces usted no es novelista...

Y la verdad que si soy novelista, pero «no hago novelas», no las «fabrico», las tengo adentro, y las escribo, sencillamente, sin prisa, sin idea que van a editarse, de que van a ser leídas, premiadas. Y he aquí acaso la diferencia posible entre lo que ahora se fabrica, como novela, en Europa, producto de fuera para adentro, y de lo que hacemos los escritores americanos, sacarnos las novelas de nuestro ser, de nuestra sangre, de nuestras raíces, lo que, por otra parte, nos exige una guardia contra los que quieren tentarnos con el canto de las sirenas, y ponernos a «fabricar» novelas.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

OTRO ENFOQUE

MINORIAS Y MASAS

SOSPECHO que el concepto de «masa» pertenece a la protohistoria de la Sociología: a su estadio precientífico. Y puede que nunca pierda ese vicio de origen. En todo caso, ha sido empleado, y lo sigue siendo, con una enorme carga de ambigüedad o de alevosía. En principio, carece de definición seria. Quizás ocurra así porque quienes lo inventaron y lo pusieron en boga eran gente de «ensayo»: los llamados «ensayistas», ya se sabe, suelen —solemos— tender a las soluciones verbales expeditas, un poco vagas y, por lo general, gracias a esa misma vaguedad, polémicas. En estos andurriales, el término adquirió una particular fiereza a raíz de ciertos papeles de don José Ortega y Gasset. Ortega tiño de negro el vocablo. Es la venganza de los escritores: de ellos son las palabras, y a la corta o a la larga les imponen el valor o el disvalor que conviene a sus iras, a sus recelos o a sus entusiasmos. No sólo fue Ortega quien abrió el fuego, ni el único en prolongarlo. Después de la Primera Guerra Mundial, el desconcierto de los «intelectuales» del Viejo Mundo se hizo doloroso, hasta llegar a extremos globales de histerismo, y las «masas» pagaron los vidrios rotos. Influyó en ello la Revolución de Octubre y, antes o a la vez, el bloque entero de las exigencias proletarias; pero, fuera de cualquier perspectiva «inquietante», también aparecía el hecho puro y simple de los mercados cada día más vastos, más complejos, que los avances tecnológicos y su industrialización iban abriendo. Las «multitudes» contaban: empezaban a contar.

Naturalmente, el fenómeno fue analizado y calificado por los únicos que podían hacerlo: las personas con cátedra o con pluma. La «multitud» no acostumbra a escribir ni a dar lecciones, por supuesto. Y los individuos a que aludo, espantados, pusieron en circulación su asco y su miedo. Ellos eran «minoría», y siempre lo habían sido. Antiguamente, el resto de la sociedad recibía el nombre —así en Horacio, así en Lope de Vega, y en tutti quanti— de «vulgo». En el siglo XX se introdujo un sinónimo de apariencia menos aprobatoria: «masa». Pero la apariencia era absolutamente tenue. «Masa» era una designación tan despectiva y torva como la de «vulgo». Para que no quedase ni un ápice de duda, los interesados en el tema se apresuraron a puntualizar: frente a la «masa», o las «masas», la «minoría» contrapuesta se buscó

un adjetivo egregio, y vino lo de «minoría selecta». El planteamiento maniqueo saltaba a la vista: de un lado, los «muchos», enfeudados en su grosería, infatuados incluso, con propensión a insolentarse; del otro, los «pocos», sublimes, depositarios de la herencia sagrada, exclusivos, predestinados a dirigir. Los «menos» monopolizaban «lo mejor», y a los «más» se dejaba el bruto disfrute de «lo peor». Etcétera. Se improvisó una especie de «melodrama de la cultura», y hasta de la «sociedad» completa, que tenía como base esta concepción discriminatoria de la vida. Más tarde la cosa hubo de corregirse. Ahora, con la explosión del «consumo», las fronteras se atenúan. Aunque los sociólogos —que militan en las «minorías selectas»— todavía se encrespan, en el fondo, cuando huelen la «masa»...

Yo me inclinaria —para pasar el rato, claro está, y sin pretensiones académicas— a sugerir otro enfoque del asunto. La noción de «minoría», por ejemplo, que implícitamente comporta una referencia a volumen estadístico, no ha de ser, por necesidad, una connotación «aristocrática». No sólo los «selectos» son minoría, quiero decir. El mundo es un complicado, confuso, aberrante mosaico de minorías. Por su condición étnica, por su idioma, por sus glándulas, por sus convicciones en política o en arte, por sus hobbies por su implantación económica, por sus entretenimientos metafísicos o piadosos, cada uno de nosotros «discrepa» del vecino más próximo, familia incluida: nos «separa» del resto de la «masa». La «masa» son «los otros»: como en aquella pieza de Sartre «los otros» eran «el infierno». Uno es «minoría» en algo, y «masa» en lo demás. Este es el hecho. La tan decantada «masificación» que, según parece, padecemos, es una gloriosa ventaja. La hipocresía «intelectualista» dirá lo que quiera. No importa. Lo seguro es que, con eso de la «masificación», unos cuantos, considerables millones de habitantes del planeta, han podido acceder a un «standard» de supervivencia bastante discreto: han accedido al alfabeto, al teléfono, a la penicilina, a Proust y a Picasso, al avión, a la electricidad, al tergal, a Bach en el tocadiscos, a... Pasar de las cavernas o de la Edad Media a la condición de «hombre masa» no es ninguna tontería. Las «minorías selectas», si se escandalizan, abusan de su fariseísmo con-

génito. Sin hacerse ilusiones ni hinchar el perro, ésta es la verdad.

E insisto: todos somos «minoría» en un aspecto u otro. Convendría que nos diésemos cuenta de ello. La situación de una «minoría» —cuquiera: la que sea— nunca es afable. Ser «minoría» es vivir amenazado. Los que no comparten, por interés, por biología o porque sí, nuestro «minoritarismo», son automáticamente la «masa» correlativa. Y «masa», aquí, significa alud demográfico, en sufragios electorales o en opinión pública. El ser «minoría», y el sentirnos siéndolo, es lo que nos hace sensibles a la eterna esperanza de la libertad. Ser «libre» equivale a la posibilidad de ser «minoritario»: a que se nos respete en nuestro «minoritarismo». Lo menos que se puede pedir es «respeto». En definitiva, por ahí van —es su único cauce— las últimas voluntades del «humanismo»: Si, involuntariamente colocado en este Valle de Lagrimas, el hombre puede hacer algo por sí mismo —para sí mismo—, es realizarse como hombre: conseguir un mínimo de plenitud racional y sensual. Cuando le llegue el turno, se convertirá en cadáver, y a burro muerto, la cebada al rabo. Todo lo que tenemos es esta vida, pequeña, corta, deficiente, y haríamos mal en desaprovecharla, o en tolerar que nos impidan desaprovecharla. Toda «vida», por serlo, ya es «minoritaria». Hemos de esforzarnos por corregir la autonomía «viable» para preservarnos este modestísimo rincón de libertad que el cuerpo y el alma nos reclaman. Alguien dijo, una vez, que «todas las libertades son solidarias». Todas las «minorías» tendrían que «unirse» para defender su propia área de libertad. Me lo parece a mí, por lo menos.

Admito que estas divagaciones pecan de «liberales», en el mal sentido de la palabra. Las alternativas «utópicas», de momento, tampoco han sido muy convincentes. La «sociedad sin clases» —etiqueta discutible— no ha sido, que yo sepa, una sociedad integradora de «minorías», allá donde ha pretendido realizarse. Allí, como en el bando opuesto, prevalece una «ortodoxia». La «masa» siempre es «ortodoxa». En tanto que «masa», huelga decirlo. Un «ortodoxo» es un señor que, fatalmente, niega cualquier eventualidad de «disidencia», se trate de cine o de pintura, de ética o de política, de poesía o de música. Esto es bastante comprensible: una ley intrínseca del comportamien-

to social del homo sapiens. Hasta ahora, al menos. Pero hemos de ir tirando, y conviene que seamos recíprocamente tolerantes. La libertad es incómoda, como doctrina y como práctica: pero más vale eso que nada. Lo curioso es que, en el fondo, eso que se llama «masa» es, casi siempre, el truco de una «minoría» que se impone a las otras y que se queda con el «santo» y con la limosna. En todas partes, hay en el calendario una «minoría» que manda, y que para mantenerse provoca el fervor «masivo» de sus súbditos, contra cualquier rastro de empecinamiento «minoritario». Breve: la «masa» es una invención de alguna «minoría». Esto no lo reconoció don José Ortega, porque le habría desmontado el bonito esquema de «sociología-ficción» que se imaginaba. El mecanismo es idéntico, a cualquier escala. Y hay «minorías» que se excitan...

Los conflictos aparatosamente pendientes, en el mundo actual, ideológicos o bélicos, de terrorismo o de sala de exposiciones, son siempre conflictos de minorías. Como siempre. Lo mismo da el «black power» que Irlanda, el Vietnam que el «gay power» o los hippies toxicómanos, el Tírol o el feminismo impertérrito. De ello forman parte la píldora, el Concilio Vaticano II y el gauchismo. Bien mirado, también los suscriben el «gay power» o los hippies toxicómanos, tores de «Playboy» son «minoría»... Pero todos somos —o deberíamos ser— una cierta «convivencia». A mí, me encanta que mis conciudadanos sean mormones, lectores de «Playboy» o filatélicos. Personalmente, y en confianza, les recomendaría otras opciones. Pero esto es secundario. Todos tenemos derecho a respirar. ¿O no?... «Minorías», «masas»... Que no se me diga que el vocabulario es «camp». En los periódicos se habla constantemente de «masa media». De los «mass media» se habla en las universidades y en las sacristías. Últimamente se procura evitar lo de «mass», y hablan de «medios de comunicación social». La «masa» y la «minoría» son categorías poco circunspectas. Todos somos «minoría» por un lado u otro, además de ser «masa». La «masa» es un denominador común. Pensemos en nuestra subalterna y ácida situación de «minoría». ¿Quién, que es, no es «minoría»? —y valga el calco de Rubén Darío...

Joan FUSTER

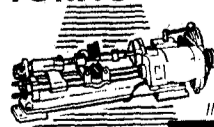
RATIOS CENTRO DE ESTUDIOS EMPRESARIALES

CONTABILIDAD

CURSO EMINENTEMENTE PRACTICO
12 ALUMNOS POR CLASE

El alumno desde la iniciación de las clases se constituye en Tenedor y Contable de una empresa, manejando Libros, Facturas, Letras y toda la documentación propia de los diferentes tipos de Empresas, Incluso LA CONTABILIDAD MECANIZADA.
Información: Avda. José Antonio, 489 (de 4 a 9). Teléfono 224-13-03, BARCELONA

TORNO UNIMAT



PARA TRABAJAR
METALES, MADERA
Y PLASTICO

IMPORTACION AUSTRIACA

Rodabola

Avda. J. Antonio, 600 Barcelona Tels. 222 82 66 y 222 69 18

PERTEGAZ

BARCELONA MADRID
Avda. Generalísimo, 401, entlo. Matías Montero, 8
Teléfonos 227-47-20 y 217-04-21 Teléfonos 261-33-44 y 262-04-31

Presenta su nueva colección todos los días
a las 5 de la tarde

INVITACION RIGUROSAMENTE PERSONAL